

N.º 19

25 cts

EL RAYO ESCARLATA

por JACK DANGHERTY



BIBLIOTECA EMOCIÓN

PUBLICACION SEMANAL

BIBLIOTECA EMOCIÓN

El Rayo escarlata

Versión novelesca de la película de igual
título interpretada por el notable atleta

JACK DANGHERTY

por

C. GOTARREDONA



Exclusiva

HISPANO AMERICAN FILM, S. A.
Calle Valencia, núm. 233 :: Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PARÍS, 204 : BARCELONA

EL RAYO ESCARLATA

Versión revisada de la primera edición
título y cubierta por el autor

JACK DANHERTY

por
G. GOTARRIDON



Hispano American Film S. A.
Calle Valencia núm. 233 - Barcelona



TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA ::
HEREDEROS DE SERRA Y RUSSELL
CALLE ENRIQUE GRANADOS, 112
TELÉFONO 6 - 104 - BARCELONA

EL RAYO ESCARLATA

I

Roberto Evans, redactor de *El Tiempo*, bien conocido por sus informaciones extraordinarias, escribía las últimas cuartillas de la jornada.

— El jefe desea verle inmediatamente — dijo una voz a su espalda.

— ¡Eres como las malas noticias, «Centellas»! — exclamó el joven periodista dirigiéndose al recién llegado. — ¡Justamente cuando me estoy preparando para disfrutar un corto descanso, te presentas con un aviso del jefe!

Minutos después, Roberto Evans se hallaba en presencia del redactor jefe, el cual le dió a leer un telegrama.

— Es un aviso procedente de Washington remitido por el senador L. Se refiere a una invención secreta : una máquina que proyecta unos rayos de grandes efectos destructores. Un grupo de espías internacionales trata de apoderarse de los planos.

Evans escuchaba atentamente, sin perder una palabra. El jefe prosiguió :

— Deseo confiarle la delicada misión de hacer una información alrededor de este suceso. Piense usted bien lo que ha de representar para *El Tiempo* y para usted mismo este asunto verdaderamente sensacional. □

El joven reflexionó unos momentos, y después dijo :

— Acepto. Estoy seguro que yo haré todo lo posible para salir airoso.

— Trabaje día y noche, busque al inventor, descubra a los espías y le aseguro que asombraremos al mundo con nuestra información.

— Es una labor digna de un Sherlock-Holmes — objetó el joven sonriendo — pero haré lo que usted me ordena.

Roberto Evans creía que la labor que se le había encomendado era superior a sus fuerzas, pero en mil casos distintos había logrado triunfar gracias a su inteligencia y sangre fría.

Hizo acopio de confianza y aquella misma noche inició su campaña, empezando unas pesquisas que no dieron ningún resultado. Pero no desanimó.

II

La casualidad es la amiga de los reporteros. La tarde del día siguiente, cuando Roberto Evans paseaba por una de las ave-



El joven saltó con extraordinaria ligereza...

nidas de la ciudad, de regreso de Washington, se acercó a él una joven con el semblante descompuesto y le suplicó con gran nerviosidad :

— ¡Mi padre ha caído en manos de unos individuos! ¡Por Dios le ruego que me ayude a salvarle!

La casualidad y nadie más que ella, había puesto en un mismo camino a la hija del inventor de los mortíferos rayos y al reportero. Desde aquel momento Evans consideró que entraba en acción.

La desesperada joven le puso en antecedentes de todo. El periodista le había inspirado confianza y no le ocultó ningún detalle.

Así, Evans supo el sitio donde Ricardo Crawford tenía su laboratorio; que el día anterior habían tenido lugar las pruebas definitivas y que éstas dieron un magnífico resultado.

La joven explicó que una partida de espías internacionales, capitaneados por un individuo apodado el « Fraile », no había dejado de perseguirles y momentos antes, cuando ya consideraban que aquel ser misterioso se había apartado de su camino, había surgido de improviso, apoderándose de su padre.

Esto fué más rápido de lo que se cuenta. Todavía se veía al final de la calle la silueta de un auto que corría velozmente, y Evans quiso darle alcance.

El y la joven montaron en un taxi. Minutos después daban alcance al fugitivo. El joven saltó con extraordinaria ligereza al estribo, originándose una lucha desesperada entre él y los ocupantes. Durante la lucha, Crawford pudo saltar al camino y allí fué recogido por su hija.

Casi en aquel instante mismo, el auto de los secuestradores era alcanzado por un tren y Evans pudo salvarse milagrosamente.

Sin preocuparse de la suerte que pudieran

haber corrido los ocupantes del vehículo, Evans montó en el auto donde el inventor y su hija ya le aguardaban, y aquél dió la dirección de su casa.

Ya en ella, María preguntó al redactor de *El Tiempo* :

— Señor Evans, ¿cómo he de poder pagarle el haber salvado a mi padre?

— Concediéndome su amistad — respondió galantemente el aludido, añadiendo :

— No sólo era mi deber, sino que será una buena información para mi periódico.

— Le suplico que no escriba nada de nuestro accidente — atajó la joven. Tenemos enemigos que si se enteran de todas estas cosas, representará un gran peligro para nosotros.

El joven se resignó; la súplica de aquella muchacha logró vencer su amor profesional.

— No lo haré, si usted lo desea, pero todo esto me parece muy misterioso.

Poco después el periodista se despedía de sus nuevos amigos, no sin haber aceptado la invitación para el baile que aquella misma noche debía celebrarse en la villa de Crawford.

— Después de lo que ha ocurrido esta tarde, lo suspenderíamos, pero no habría tiempo de advertirlo a los invitados — explicó María.

Mientras en casa de Crawford ocurrían estas cosas, un personaje misterioso entraba

en la habitación de una casa no muy apartada de aquél, y decía a unos individuos que aparecían sentados alrededor de una mesa :

— ¡He encontrado a Carson! ¡Es conocido por el nombre de Ricardo Crawford!

Todos los semblantes brillaron de alegría. Uno de aquellos individuos, llamado el conde de K, un aventurero que recientemente se había unido a las fuerzas del « Fraile, que era el personaje recién llegado, exclamó :

— Yo conozco un Ricardo Crawford. ¿Es el que vive con su hija en la villa Euclides?

— Sí, el mismo — respondió el « Fraile ».

— Por cierto — prosiguió el conde de K — que la hija de Crawford da esta noche un baile de máscaras y yo tengo una invitación.

Se convino que aquella noche se daría el golpe de mano en casa de Crawford. Una vez descubierto su refugio, lo demás ya era cosa fácil.

III

A última hora de la tarde, como María encontrase a su padre quebrantado por las emociones que había recibido horas antes, le propuso suspender el baile.

— No, hija mía, porque mientras los invitados bailan, yo estaré libre para ponerme en guardia de los futuros ataques de mis enemigos.



Evans sostenía a raya a los atacantes...

En efecto : mientras los invitados bailaban en el salón de la casa, Crawford trabajaba en su laboratorio. Cuando más abstraído estaba en su labor, alguien entró en el gabinete. Era el temible « Fraile ».

— ¡Juan Carson, volvemos a encontrarnos cara a cara! — exclamó el espía abalanzándose sobre el inventor.

— ¡Socorro! ¡Socorro! — gritó Crawford. Uno de los criados de la casa oyó las voces y corrió a advertir a María.

— ¡Han atacado a su padre! — le dijo. La joven se dirigió hacia el laboratorio.

La siguieron Roberto Evans, el conde de K y algunos invitados más.

Roberto se adelantó y encontró al inventor luchando desesperadamente contra el hombre con quien aquella tarde había luchado en el auto. Casi al mismo tiempo, saltaron por la ventana varios individuos de la partida del « Fraile ». Evans sostenía a raya a los atacantes, secundado por algunos invitados, y en el fragor de la lucha se derrumbó la terraza y todos cayeron al jardín envueltos por los escombros. Los espías aprovecharon la confusión que reinó en los primeros momentos para emprender la huida.

— Gracias a usted — decía el inventor a Roberto — el ataque ha sido un fracaso. No han podido llevarse nada.

— ¿Pero dónde está su hija? — preguntó Evans. — Se hallaba conmigo cuando empezaron el ataque...

— Debe estar por ahí dentro — respondió el padre.

Evans se despidió de Crawford con objeto de preparar una información para su periódico. Ignoraba que durante la refriega, uno de los espías, eficazmente secundado por Leontina, aventurera perteneciente a la partida, había secuestrado a María en un automóvil, llevándosela a la villa que les servía de guarida.

Poco después se encontraron allí todos los

de la partida. María fué encerrada en una habitación y el « Fraile » reunió a sus secuaces. Estaban allí presentes Leontina, el conde de K y dos más. Allí concertaron un plan que, según dijo el « Fraile », era infalible para apoderarse del aparato.

Leontina se puso en campaña. Fué a la habitación donde la hija del inventor se hallaba encerrada y se hizo pasar por amiga.

— Yo la ayudaría a escapar, pero me tienen muy vigilada. Todo lo más podría hacer llegar una carta a la persona que usted quisiera.

— Si puedo avisar a Evans, él tratará de salvarme — dijo María vislumbrando una esperanza.

Así quedó acordado y la joven escribió una notita para Evans, entregándosela a Leontina, para que la hiciera llegar a su destino.

— He conseguido lo que quería — dijo el « Fraile » momentos después enseñando la nota a sus camaradas. — Ahora, con Evans y con ella en nuestro poder, Crawford tendrá que entregarse.

Horas después, Evans recibía un pedazo de papel en que había escritas estas palabras:

« Estoy en el número 2,645 de la calle Tortuosa. Venga a salvarme,

MARÍA CRAWFORD. »

Evans corrió a casa de Crawford. Allí le confirmaron la desaparición de la joven.

Al mismo tiempo, en la casa donde María había sido secuestrada, los espías trataban de obligarla a telefonar a su padre :

— Le dice que traiga los planos de su invento, pues si no usted se quedará con nosotros.

Uno de los secuaces estaba al aparato y exclamó :

— ¡Evans contesta desde la casa de Crawford! ¡Se conoce que ha ido allí!

— ¡Si quiere usted salvarse, telefónee! — exclamó el « Fraile » entregando el aparato a la joven.

— Amigo Evans : venga en seguida con los planos del aparato de mi padre.

No bien María hubo pronunciado estas palabras, el Monje le arrebató el aparato y sonriendo sarcásticamente, dijo a sus auxiliares :

— Ahora preparaos para recibir al periodista, mientras esta señorita se viene con nosotros a hacer un pequeño viaje por ferrocarril...

María quiso protestar de aquello que consideraba un atropello, pero antes de que tuviera tiempo, los espías la amordazaron y se dirigieron con ella a una pequeña estación ferroviaria, desde donde pensaban partir para un pueblecito próximo. No creían, sin embargo, que Evans se había provisto de

un auto muy veloz y que al cruzarse con ellos por el camino les reconoció, persiguiéndoles.

El « Fraile » se dió cuenta de la persecución de que eran objeto.

Llegaron a la estación, donde había un tren parado.

— ¿Por qué no sale este tren? — preguntó el « Fraile » al jefe de la estación.

— Tan pronto como venga el maquinista, le daremos la salida.

Como para los fugitivos el tiempo corría veloz, pues Evans estaba a punto de llegar, el « Fraile » montó en la máquina, hizo funcionar las válvulas y el tren partió raudamente.

IV

Roberto acababa de llegar a la estación. Viendo el tren escapado en que se llevaban a su amante, el reportero recogió en su auto al maquinista y se lanzó a toda velocidad hasta ponerse al lado del tren. Así consiguió enlazar un freno y ascender por la cuerda mano a mano desde el vertiginoso auto al tren desenfrenado.

Arrastrándose por la techumbre de los vagones pudo llegar al tónder y saltó sobre el « Fraile », arrojándole a la vía de un certero puñetazo.

En medio de la vía, Roberto vió a una criatura que jugaba tranquilamente, ajena al

peligro a que estaba expuesta, salvándola milagrosamente.

Mientras tanto, el padre de María, alarmado por la ausencia de su hija, fué a la redacción de *El Tiempo* a ver si su hija había ido allí con Roberto.

Sabiendo que en la casa no quedaba más que el sirviente, Leontina logró penetrar en ella y encerrar, por medio de engaños, al sirviente en una habitación.

El «Fraile» se reunió con ella poco después.

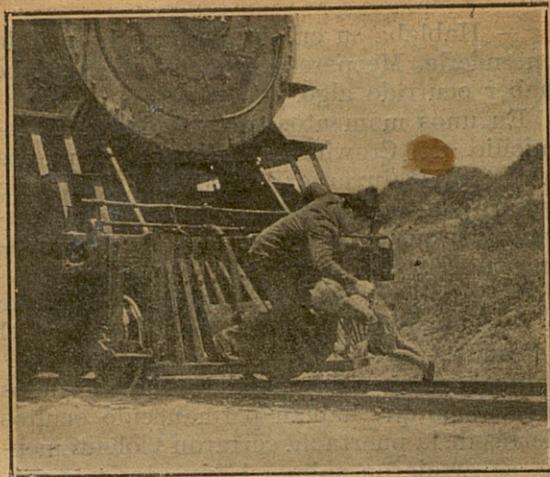
— ¡Ahora a buscar los planos del invento! — dijo empezando a registrar por los cajones.

— Este inventor debe volverse loco por los problemas de palabras cruzadas — observó Leontina al encontrar gran número de ellos en una gaveta.

— ¡No pierdas el tiempo y busca los planos! — respondió el «Fraile», que ignoraba, lo mismo que ella, que aquellos dibujos contenían la clave del punto donde estaban ocultos los planos de la máquina.

El «Fraile» examinó el aparato. Era parecido a un reflector, montado sobre un basamento cónico dentro del cual la corriente eléctrica sufría la transformación que la convertía en un rayo mortal.

Roberto Evans pudo parar el tren y libertar a su amiga, la que había sido abandonada por los espías en un vagón. Desde allí



... salvándola milagrosamente

se dirigieron a la redacción, donde encontraron al padre de ella bastante inquieto

— Señor Crawford — exclamó Evans después de cambiar las primeras palabras: — María ha consentido en ser mi esposa.

— Me alegro en el alma — respondió el padre. — Mis enemigos son muchos y tanto María como mi aparato tendrán en usted un protector incorruptible.

En aquel momento un empleado avisó a Evans que le llamaban al teléfono. A los pocos momentos volvía y decía a sus amigos:

— Hablaba su criado, pero no he podido entenderle. Me parece que en su casa debe haber ocurrido algo.

En unos momentos se trasladaron al domicilio de Crawford. Hallaron la puerta abierta. El inventor subió al laboratorio y sorprendió al Monje, Leontina y un desconocido que era el conde de K, convenientemente disfrazado.

— ¡Apoderarse de Crawford y llevadle a casa sin pérdida de tiempo! — ordenó el «Fraile».

Obedientes a su mandato, dos fornidos individuos que habían permanecido ocultos detrás de la puerta, la cerraron violentamente, se arrojaron sobre el inventor y le mataron.

Al rumor de la lucha Evans y su prometida corrieron hacia el laboratorio, pero la puerta se hallaba cerrada. Poco después, la puerta cedía a un vigoroso empujón de Roberto. No había nadie en el laboratorio y María exclamó :

— ¿Dónde está mi padre?

— Se lo han llevado, señorita — respondió Evans que empezaba a comprender.

— Voy a telefonar inmediatamente a mi jefe. Esta noticia no puede quedar en silencio — añadió Evans.

Pero su novia le dijo suplicante :

— No lo haga. Todos los espías del mundo se arrojarían sobre nosotros, pues la posesión



Un accidente...

de este aparato representa el dominio del mundo.

— Eso es justamente lo que da interés a la noticia — afirmó Evans. — Sería un traidor a mis deberes profesionales si no escribiese la información deseada.

María insistió con gran empeño, pero las súplicas no consiguieron ablandar la decisión de Evans.

— ¿Tú dices que me amas? Pues demuéstralo guardando este secreto — exclamó María.

Evans se la quedó mirando con pasión. Iba a ceder, pero dominando sus impulsos exclamó resueltamente :

— Lo siento, pero para un periódico, lo primero es el deber.

— ¿Entonces tu decisión es publicar el secreto?

— No puedo hacer otra cosa...

Mientras tanto, Crawford había sido llevado a la casa del « Fraile ». Este le dijo :

— Llame a su hija y dígale que traiga aquí los planos.

— ¡Nunca! — respondió resueltamente Crawford. — Ella no ha de caer en manos de ustedes otra vez, si yo puedo evitarlo.

Los espías le amenazaron y llegaron incluso a maltratarle, pero siempre tropezaban con la misma negativa.

— Ni ella misma sabe dónde están escondidos los planos, y si me sucede algo, nadie lo sabrá — decía Crawford.

V

Evans se dirigió a la redacción sin pérdida de tiempo.

— ¿Ha conseguido usted los detalles? — le preguntó el redactor jefe.

Entonces el joven reportero le explicó que traía una noticia sensacional y mientras componía el artículo, el jefe avisó al regente :

— Pare las prensas. Tenemos un artículo de muchísima importancia y es necesario rehacer la primera plana.

María quiso intentar el último esfuerzo y se dirigió al periódico. Evans, que componía el artículo en la misma linotipia, estaba escribiendo las últimas líneas.

— No es por mi bien ni el de mi padre, Roberto — suplicó la joven. — Le pido por el bien de la humanidad que no dé esta noticia. ¿No comprende que ha de desatar todas las furias del mundo?

María siguió implorando, logrando conmover los sentimientos de Roberto, que ya había entregado las galeradas a los operarios. Resueltamente se dirigió a la mesa, arrebató la forma y la arrojó al crisol donde se fundía el metal.

— ¡No! ¡Este artículo no puede publicarse! — dijo al redactor jefe cuando éste trató de arrebatarse el molde.

— ¡Canalla! ¡Nos ha vendido! Queda usted despedido. He de hacerle poner en la lista negra de todos los periódicos y sindicatos del país.

María se había reunido con su novio y le dijo en voz baja :

— Es posible que esté dispuesto a perdonarte si yo le explico todo...

— Ahora, ¡fuera de aquí los dos! — ordenó el jefe.

— Me echa usted — dijo Roberto Evans

— pero ha de llegar un día en que considere un honor el estrechar mi mano.

Cuando Roberto se vió en la calle junto con la desventurada joven, se prometió protegerla a ella y a su padre contra los traidores espías que los perseguían.

Sospechando que Crawford estaría secuestrado en la casa donde habían llevado anteriormente a María, se dirigió hacia allí.

Crawford había resistido todas las amenazas de sus enemigos antes que revelar dónde estaban los planos del aparato.

Roberto y su novia lograron entrar en la villa y sorprendieron a los bandidos. María huyó con su padre en un automóvil, mientras el periodista tenía a raya a los secuestradores.

Mientras tanto en casa de Crawford ocurría algo misterioso. Primero llegaba el « Fraile » con dos auxiliares y se apoderaban del aparato del sabio. Cuando ellos se ausentaron, un vagabundo penetró en la casa por la misma ventana por donde habían salido los bandidos.

El vagabundo, pensando que era una ocasión excelente para robar, se apoderó de un traje de Crawford, pero en el mismo instante sobrevino una explosión en el laboratorio y el desconocido quedó muerto, con la cara completamente desfigurada.

Poco después llegaban a su casa Crawford y su hija. Minutos después se unían a ellos



Roberto y su novia lograron entrar en la villa

Roberto y el conde de K, que con misteriosas intenciones se había hecho amigo de la casa, captándose la confianza de Crawford.

Este subió al laboratorio y se encontró con el cadáver del desconocido. Después descubrió que le habían robado el aparato.

Refirió el caso al conde de K, que le había seguido. El misterioso personaje reflexionó unos instantes y dijo :

— Ese hombre está completamente desfigurado. Haga usted creer a sus enemigos que ha muerto, y así podrá vencerles.

Para llevar las cosas con el mayor secreto, Crawford bajó y puso en conocimiento de Evans y María la desaparición del aparato, rogándoles que persiguieran a los ladrones.

Estos salieron para ver de darles alcance, pero al poco rato regresaron desalentados diciendo al conde de K que no habían hallado la pista.

María quedó consternada al oír de labios de su amigo que su padre había muerto.

A todo esto, Crawford había desaparecido y se dió sepultura al cadáver del malogrado vagabundo, como si fuese él.

Transcurrieron varios días. Los espías permanecían inactivos. El « Fraile » quería apoderarse de María creyendo que ella poseía los planos del aparato, que al escapar habían caído del coche.

El conde de K se oponía a esta medida.

— Lo que tú has hecho ha sido estropear nos todos nuestros planes — le increpó el « Fraile ».

Discutieron acaloradamente, y al cabo el « Fraile » le dijo a modo de ultimátum :

— Tienes que escoger entre María Crawford y yo — exclamó cogiéndole por el cuello.

— Mi decisión está hecha — respondió el conde, desasiéndose.

Y se reunió con María y Evans para defender el invento de Crawford, cuya existencia era el único que conocía.

Leontina, convenientemente disfrazada, se hizo pasar por amiga de la hija de Crawford, la cual, días después, le expresó su deseo de trasladarse a la isla Catalina, donde vivían unos amigos de su padre llamados los Scoot, a quienes se aludía en varias notas escritas por Crawford.

— Es posible que ellos sepan algo — pensaba María.

Leontina dió cuenta al « Fraile » de los propósitos de María y aquél se dispuso a raptarla durante el viaje.

María se dirigía con Roberto a la citada isla, cuando su canoa fué abordada por unos rufianes del Monje y se apoderaron de la joven.

Roberto tuvo que llegar a nado a la isla.

El Monje llevó a la joven a una cabaña de la isla Catalina.

— Roberto se habrá salvado y a estas horas estará en casa de los Scoot, quienes por lo visto guardaban los planos.

Poco después le dirigía una carta concebida en estos términos :

« Señor Evans : Usted tiene los planos y nosotros tenemos a María. Si quiere rescatar a la joven, traiga los planos a Los Pinos, y a cambio de ellos se la entregaremos. »

El periodista recibió esta carta aquella misma noche.

Scoot, el amigo del inventor, sólo pudo facilitar al periodista un documento que

tenía en depósito de Crawford, pero sólo contenía unas cuantas cifras ininteligibles.

Aquella misma noche fué a la cita que le había dado el « Fraile ».

— ¿Dónde está ella? — fué lo primero que preguntó.

— Déme los planos y se la entregaré — respondió el « Fraile ».

Roberto entregó aquel documento y dijo :

— Juro que esto es todo lo que sé de los planos.

El « Fraile » no se dió por satisfecho y encerró a Roberto.

No contaba con el auxilio de Scoot, el cual, con ayuda de sus criados, pudo llegar al sitio donde estaban los prisioneros y les pudo libertar.

VI

El conde de K se había incorporado a los tan tenazmente perseguidos por el « Fraile ».

Al día siguiente se reunieron el conde K y Roberto para hablar extensamente y en secreto. Roberto quería decirle que había visto rondar por las cercanías de la casa a un hombre misterioso que tenía un parecido extraordinario con Crawford.

— ¿No tiene aquí una clave numerada? — preguntó el conde.

— Sí, aquí está. Es la misma que entregué



Roberto y María en la isla Catalina

al « Fraile » para rescatar a María, pero temiendo una trastada, me quedé copia.

— Pues yo he recibido un documento que nos ayudará a interpretarlo.

El conde pasó toda la mañana estudiando y hacia mediodía llamó a Roberto y a María :

— ¡He resuelto el problema! Los planos están escondidos en el Puerto Pirata, debajo de una vieja áncora.

— Hoy es tarde para ir, pues Puerto Pirata está al otro extremo de la isla — advirtió Roberto.

Quedó convenido que al día siguiente

se dirigirían a desenterrar el mencionado documento.

Entretanto, alguien les hizo traición. Horas después, el « Fraile » sabía el sitio donde se hallaban escondidos los planos y seguidamente empezó a preparar para dirigirse al día siguiente a Puerto Pirata.

Mientras todos esperaban ansiosamente la llegada del nuevo día, en la isla un hombre misterioso seguía trabajando en silencio, oculto en una choza perdida en medio de un bosque. Era Crawford.

Aquella noche recibió la visita del conde de K.

— Recibí sus papeles y me he pasado toda la mañana descifrando la clave.

— Mañana ya podrá revelar a mi hija dónde estoy — respondió Crawford, añadiendo : — Vaya con mucho cuidado con el « Fraile » que no descubra mi escondrijo antes de que yo pueda entregar al gobierno el modelo de mi invento.

Crawford explicó a su amigo los adelantos que había introducido en su invención y le mostró un nuevo aparato cuyas pruebas efectuaría al día siguiente.

El conde de K regresó a la morada de los Scoot a la madrugada siguiente. Con gran extrañeza, encontró allí a Leontina que trataba de convencer a María de que la siguiese.

— Pero, ¿cuál es su intención? — decía



— Tienes que escoger entre María Crawford y yo...

la joven en aquel momento. — Mi padre ha muerto y los planos han desaparecido.

Entonces se presentó el conde de K ante las dos mujeres.

— ¡Ese es el hombre que mató a su padre! — exclamó Leontina señalándole.

— ¡Su padre no ha muerto, María! — dijo el conde de K.

— ¡Miente! La está engañando miserablemente — gritó Leontina.

— No miento. Estoy diciendo la verdad y no hay que perder tiempo, pues el « Fraile »

puede enterarse del sitio donde se esconde su padre — explicó el conde.

Roberto se había presentado momentos antes y había oído todo.

— Si el conde dice la verdad — dijo — no tendrá inconveniente en decirnos dónde está tu padre, para que yo te lleve allí.

El aludido dió las señas del sitio donde el inventor había buscado la paz necesaria para proseguir sus trabajos.

Leontina corrió a avisar al «Fraile», mientras Roberto y su prometida se dirigían al punto indicado por el conde.

Cuando el «Fraile» se enteró que Crawford vivía, hizo un gesto siniestro :

— Primero nos apoderaremos de los planos, en Puerto Pirata, y después iremos a apoderarnos del aparato.

Con la emoción de saber que su padre no había muerto y que no tardaría en poderse arrojar en sus brazos antes de mucho, María había suplicado a su novio y al conde de K que aplazasen la busca de los planos para el día siguiente y ellos aceptaron de buen grado.

Esto facilitó los planes del «Fraile», pues le dejaban el camino libre para apoderarse de ellos.

Sin embargo, ignoraba que el conde de K le seguía con el deliberado propósito de evitar que aquellos valiosos documentos cayesen en su poder.

El conde y sus acompañantes llegaron al sitio indicado por Leontina. En una pequeña ensenada de la costa encontraron el ancla, hincada en la arena. El «Fraile» escarbó nerviosamente, halló una caja de hierro a poca profundidad y al abrirla su sorpresa no tuvo límites : sólo había una carta que decía así :

« A mi hija María :

El cuerpo hallado en mi laboratorio era el de algún vagabundo que probablemente entró en casa a robar y se vistió con mis ropas. Aproveché la ocasión para engañar a mis enemigos y llevé a cabo mis propósitos. Los planos están en mi poder. El conde de K te dirá dónde estoy. Tu padre. »

— ¡Juro que he de vengarme! — exclamó el «Fraile» lleno de ira.

— ¿Qué piensas hacer? — preguntó Leontina.

— Ir a la cabaña ahora mismo y apoderarme de los planos, cueste lo que cueste.

El conde de K presencié esta escena oculto detrás de un árbol, y al oír las últimas palabras del espía se alejó, recogió su caballo que había dejado oculto en un lugar próximo y se dirigió a la cabaña.

Allí encontró a sus amigos entregados a la más franca alegría. María no cabía en sí de gozo y Roberto le estrechó la mano con efusión y le recibió con estas palabras :

— Hasta ahora yo había sospechado de usted, pero ahora no me cabe la menor duda que es usted un verdadero amigo.

— Amigo Roberto — respondió el recién llegado sonriendo. — Yo no soy el conde de K. Mi verdadera personalidad es otra : yo soy Marshall, agente de la policía secreta, cuya misión era contrarrestar la acción del « Fraile », espía de una poderosa nación que aspiraba a poseer el extraordinario invento de Crawford.

Este estaba emocionado.

— Mi objeto, al inventar un aparato de un poder tan mortal, ha sido el de dar al gobierno el medio de llevar a cabo sus ideales de paz universal. EL RAYO ESCARLATA será una garantía para poner fin a todas las guerras.

Después, el detective Marshall explicó que el « Fraile » y su partida estaban a punto de llegar.

— Pero, a prevención, hice mandar a la isla un destacamento de policía — añadió — y en estos momentos ya deben haber sido detenidos todos los espías.

En efecto : el « Fraile », Leontina y sus cómplices fueron detenidos cuando se aproximaban a la cabaña, y aquella misma noche el inventor y sus amigos pudieron regresar a la ciudad.

Después de la cena, que transcurrió muy animada, estaban reunidos en el salón Craw-



No contaba con el auxilio de ³ Scoot

ford, Marshall, María y Roberto, recordando las aventuras e incidentes a que había dado lugar EL RAYO ESCARLATA.

— La historia del RAYO ESCARLATA sería lo más sensacional que se habría hecho y a mí me gustaría escribirla.

— Usted la escribirá y *El Tiempo* la publicará — dijo una voz que no era la de ninguno de ellos.

Se volvieron. Bajo el umbral de la puerta, había un caballero con el cabello blanco que les miraba risueño.

8. 19-2-6/8

— Yo soy el senador L., propietario de *El Tiempo*. He sabido el gran papel que ha jugado usted en este asunto y ahora vengo para decirle que sigue usted siendo redactor del periódico.



Se hablaron. Bajo el nombre de la prensa
habló un caballero con el cabello blanco que
los miraba risueño.
— Usted lo escribió en *El Tiempo*.
— Sí, me gustaba escribirlo.
— Es una sensación que se había hecho y
— Es la historia del RAYO ESCARLATA.
— ¿El RAYO ESCARLATA?
— Los señores a quienes se había dicho
fueron Mariani, Matiz y Roberto recordando



BIBLIOTECA PERLA

TOMOS PUBLICADOS

- 1 LA LLAMA DEL AMOR, por Pauline Frederick.
- 2 JURAMENTO OLVIDADO, por M. Kid y M. Varkon.
- 3 LO QUE CUESTA EL PLACER, por Virginia Vall.
- 4 AMBICIÓN CIEGA, por Eleanor Boardman.
- 5 ¿Y ESTO ES EL MATRIMONIO?, por E. Boardman.
- 6 CON LA MEJOR INTENCIÓN, por C. Talmadge.
- 7 UN MENSAJE DE ÚLTIMA HORA, por G. Hulette.
- 8 SOMBRAS DE LA NOCHE, por Madge Bellamy.
- 9 EL PREMIO DE BELLEZA, por Viola Dana.
- 10 LA LEY SE IMPONE, por A. Hall y M. Palmieri.
- 11 DESOLACIÓN, por George O'Brien.
- 12 SUBLIME BELLEZA, por Andrey Murzon.
- 13 CASADO CON DOS MUJERES, por Alma Rubens.
- 14 EL DESTINO DE LOS HIJOS, por Henny Porten.
- 15 EL CABALLO DE HIERRO, por George O'Brien.
- 16 ALEJANDRITO EL MAGNO, por Marion Davies.
- 17 NINICHE, por Ossi Oswalda.
- 18 DESTINO... por Isabelita Ruiz.
- 19 LA MÁSCARA Y EL ROSTRO, por M. de la Motte.
- 20 CARNE DE MAP, por George O'Brien.
- 21 ANA MARÍA, por Henny Porten.
- 22 EL HUÉRFANO DEL CIRCO, por I. Langlais.
- 23 CORAZÓN DE ACERO, por Rod La Rocque.
- 24 EL PRIMER AÑO, por Catalina Perry.
- 25 CORAZÓN INTREPIDO, por George O'Brien.
- 26 LA VIDA PARA EL AMOR, por Leatrice Joy.
- 27 LA REPRESA DE LA MUERTE, por George O'Brien.
- 28 SANDY, por Harrison Ford y Madge Bellamy.
- 29 HUELGA DE ESPOSAS, por J. Logan y E. Foxe.
- 20 SIBERIA, por Alma Rubens y Edmund Lowe.
- 31 EL NECIO, por Edmund Lowe.
- 32 TRÍO FANTÁSTICO, por Lon Chaney y Mae Busch.
- 33 « SALLY », LA HIJA DEL CIRCO, por Carol Dempster.
- 34 EL TESORO DE PLATA, por G. O'Brien y E. Dalgy.
- 35 LA CARAVANA DEL ORO, por A. Q. Nilson y L. Barrymore.
- 36 EL MURCIÉLAGO, por Jack Pickford.
- 37 EL SOLDADO DESCONOCIDO, por M. de la Motte.
- 38 LOS DADOS ROJOS, por Rod La Rocque.
- 39 ORGULLO DE RAZA, por Corinne Griffith.
- 40 EL GAVIÁN DE LOS MARES, por Milton Sills.
- 41 EL SUEÑO DE UN VALS, por Wily Fritsch.
- 42 TRES HOMBRES MALOS, por George O'Brien.
- 43 EL ÁGUILA AZUL, por George O'Brien.

PRECIO DE CADA TOMO: **60 CÉNTIMOS**

